

ticuatro horas. Allí se instalan estudiantes a preparar sus materias, empleados que desayunan mientras hacen tiempo para tomar el tren en la estación Miserere y los rockeros y sus seguidores. A ellos el lugar les gusta no solo porque es el único bar abierto, además tiene los baños abajo y les permiten encerrarse ahí y tocar.

“*La Balsa* se compuso en el baño de La Perla –confirma Lernoud–. Empezó Tanguito: ‘Estoy muy solo y triste en este mundo de mierda’. Después la siguió Litto y le puso ‘abandonado’. Todavía no sé qué quiso decir”.

Lernoud y sus amigos creen que los grandes artistas inventan de noche, cuando están mal dormidos. “Es en ese momento cuando se abren las puertas del inconsciente. Es otro modo de naufragar, de dejar fluir la mente y dejar que los encuentros y las conversaciones surjan libremente, sin un interés superior”.

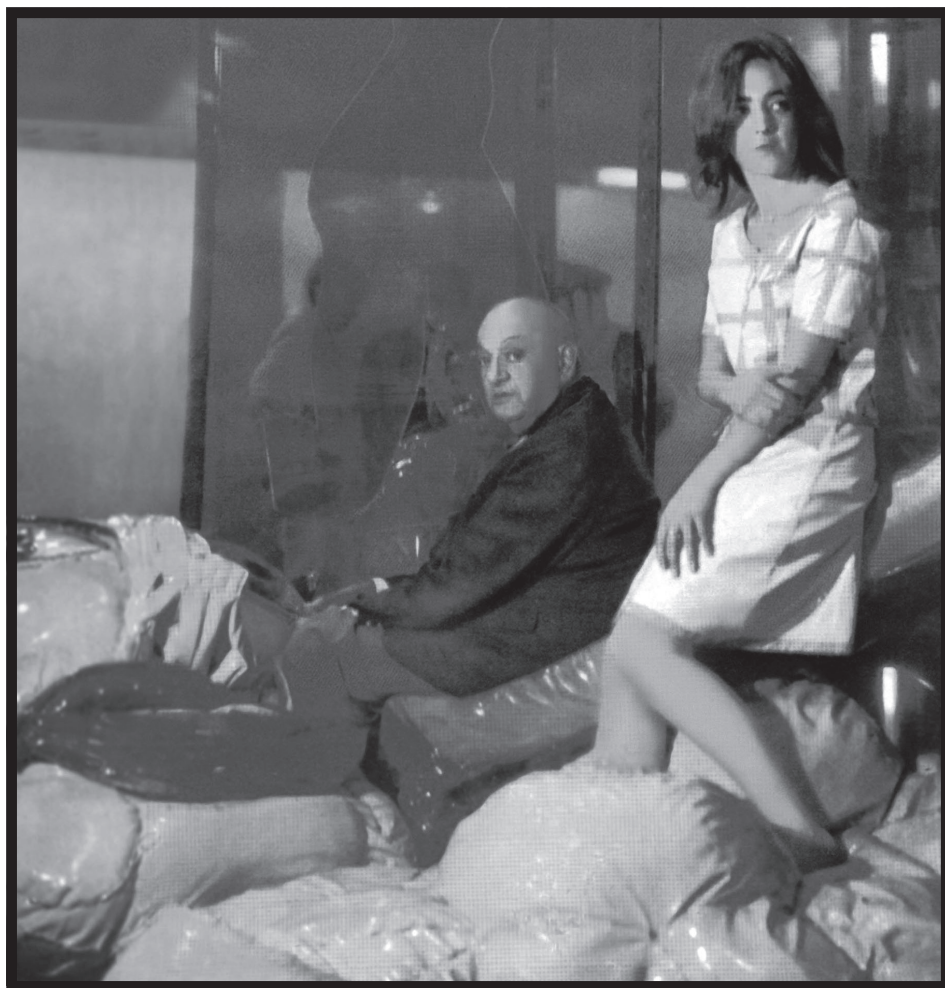
En una de esas largas noches es cuando Javier Martínez –el verdadero gurú de esa banda en permanente movimiento, creador del Rithm&Blues en Argentina y visionario sin límites– inventa una medida de tiempo y espacio llamada “senevel”. “Vamos a cambiar las nociones del tiempo y del espacio, que son el sometimiento occidental –desafía Martínez–. Basta de relojes suizos que digan cuánto dura el tiempo”, proclama. El senevel es una medida de tiempo, según su particular medición, que se calcula desde que, por ejemplo, uno empieza a caminar hasta que se cansa. Cada medida de tiempo está marcada por el devenir en el que transcurre una acción. Su teoría no logra salir de su tribu, sin embargo la inventa en esas largas noches que cubren el sol del día y de la tarde. Pipo dice que solo toman café. ¿Pero qué importa? Está claro que la noche los convoca a destilar conceptos originales, capaces de amenazar las propias teorías de Albert Einstein.

Lernoud y sus amigos se proclaman hippies, pero no son los únicos. En la misma ciudad, en la misma noche, una movida bien diferente también levanta la bandera del hippismo.

El Instituto Di Tella: Peace & Love

“Yo traje el hippismo a la Argentina, fui la primera hippie”.

Una chica rubia suele andar en patines por cualquier ciudad. Ahora va por el mundo con su pelo largo y lacio, con sus gafas oscuras y su cuerpo espigado deslizándose, con sus eternos patines, por



Marta Minujín y Romero Brest en *El Batacazo*, Buenos Aires, 1965.

el Bajo, en la zona de la llamada “Manzana Loca”, enmarcada por las calles Florida, Charcas, Maipú y Paraguay, la zona del Di Tella, la Galería del Este, los negocios hippies de inciensos y bambulas y los bares transitados por artistas e intelectuales. Se trata de la artista visual Marta Minujín que, aunque vive en Nueva York, viaja seguido a Buenos Aires para mostrar su obra.

En 1963 el Instituto Di Tella crea su Centro de Artes Visuales. Su presidente Jorge Romero Brest invita a la Minujín a que haga sus *performances*, despliegues escénicos que ya había realizado tanto en París como en Nueva York. La noche se viste de arte en buena medida por la gracia y el atrevimiento de esta mujer.

En 1965 monta la instalación *La Menesunda* con la idea de recrear la vida cotidiana. La realiza junto a Rubén Santantonín, con la colaboración de Pablo Suárez, David Lamelas y Leopoldo Maler.

Los artistas, en contacto directo con el público, construyen en un tinglado una serie de divisiones en cada una de las cuales los espectadores participan de situaciones inesperadas. Un corredor con luces de neón, una habitación con una cama y un hombre y una mujer desnudos, una enorme cabeza en cuyo interior se maquilla a los visitantes, una cápsula de vidrio en la que se cubre a los espectadores con papel picado y una cámara fría, a varios grados bajo cero.

El cruce entre la música y las artes visuales llega de la mano de Minujín, con otra *performance* inolvidable. Es una experiencia psicodélica llamada *Importación Exportación*: lo más nuevo en Buenos Aires. Estamos en 1968.

Es una especie de túnel en el que el espectador ingresa y luego pasa por una sala de luces estroboscópicas con paredes de aluminio. Todo brilla. Las luces encienden. El mundo parece prenderse y apagarse en un segundo. Adentro no hay nada. La sala es tan chiquita que no pueden ingresar más de dos personas a la vez. Y la experiencia sigue. Otra sala. Esta vez el lugar está tapizado con pósters psicodélicos de la ciudad de San Francisco, afiches que generan para quien los ve la ilusión de movimiento. El techo y el piso parecen vibrar cubiertos por alfombras persas. En el centro, una mesa con una bola de incienso y dentro de ella, una piedra de hachís quemándose. En la sala del fondo se alza una pantalla donde pasan música con unos parlantes de alta potencia. Hay, además, unos equipos especiales para hacer light shows. El dispositivo es una suerte de bandeja donde se colocan aceites de colores atravesados por una luz que ilumina desde abajo y que, gracias a un juego de espejos, se genera la ilusión de manchas policromáticas sobre la pared.

“Para pibes como nosotros, que todavía no fumamos porro ni tomamos ácidos –cuenta Lernoud, uno de los primeros espectadores–, la experiencia del Di Tella nos permite sentirnos fumados por primera vez. Nos sentamos en el piso a mirar. Ves a Jimmy Hendrix mucho más grande que el tamaño humano. Escuchás a Cream, Grateful Dead, Jefferson Airplane y Country Joe and the Fish. Al final tocan Manal y Spinetta, que recién están empezando con sus carreras”.

Minujín explica cómo arma esa experiencia *Importación Exportación*: “Me voy a México y a San Francisco y compro cosas originales hippies, además de lo que me regalan mis amigos de allá, como Janis



Archivo Marta Minujín

Importación Exportación, Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1968.

Joplin y Jimmy Hendrix. Armo unos puestos donde se venden todos esos productos y son atendidos por personas vestidas de krishnas. Es un éxito. Hay cola de diez cuadras para entrar. No pasó nunca nada igual en Buenos Aires”.

Cuando pisan los bastones largos

Los recovecos por donde respira la noche, sin embargo, no se quedan sin aire cuando llega el golpe militar de 1966 que destituye a Illia y que es encabezado por el general Juan Carlos Onganía. Siempre en busca de nombres paradójicos, los militares llaman a su golpe la “Revolución Argentina”. Con ella empieza a diseñarse tímidamente la represión que una década después va a alcanzar la expresión más brutal conocida en Argentina.

Pero la noche, a pesar del golpe, tiene brillo y es el refugio de la vida contestataria que se manifiesta ante la represión impuesta por la dictadura. La noche se convierte en resistencia y tiene atisbos de asfixia, pero sobrevive y no se ahoga.

“El Instituto a mí me parece un poco establishment, porque tiene que regirse por lo que pasa afuera, que es una dictadura, aunque se hace lo posible. Tiran bombas, protestan contra nosotros. A mí del Florida Garden me echan por caminar descalza”, afirma Marta Minujín.

En septiembre del 66, Jorge Romero Brest asegura: “La situación de hoy es menos clara que en la época de Illia, por el ejercicio de la censura para ciertas actividades artísticas, pero en los primeros meses la ‘Revolución’ amenazó ser más oscura todavía, cuando funcionarios municipales y policiales perseguían a los jóvenes a causa de sus modos de vestir y actuar. La represión, por cierto, no ha terminado. Mas tampoco ha llegado a mayores en el momento en que escribo, a pesar de todo, aún persiste la actividad creadora”.

Cuenta el escritor Tomás Eloy Martínez: “Yo sigo yendo por las tardes al Bar-O-Bar, a cien metros del Di Tella, donde Poni Micharvegas y Jorge de la Vega cantan para los amigos cuando tienen ganas y donde el desierto de la dictadura se desvanece en el espejismo de una revolución cultural que creemos eterna. Como diría Henry James, ya nunca más seremos los que éramos”.

Las personas sobreviven a los cortes de pelo masivos realizados en las calles, a las redadas en universidades y bares, a los cateos